

Victoriano Salado Álvarez

VICTORIANO SALADO ÁLVAREZ (1867-1932)

Nació en Teocaltiche, Jalisco, el 30 de septiembre de 1867. Estudió sus primeras letras en su tierra natal y a los 14 años fue enviado a estudiar a Guadalajara, donde cursó la secundaria; más tarde ingresó en la Escuela de Leyes y en 1890 se graduó de abogado. Siendo estudiante comenzó a escribir artículos de crítica literaria para algunos diarios locales como *Juan Panadero*, *Flor de Lys*, *Diario de Jalisco* y *El Informador*. Desempeñó varios cargos judiciales; fue fundador de *El Estado de Jalisco* y director de *La República Literaria*. En 1899 publicó un libro titulado *De mi cosecha*. Un año más tarde se trasladó a la ciudad de México; allí fijó su residencia y publicó, en 1901, una obra titulada *De autos*. Trabajó como redactor en *El Imparcial* y en *El Mundo Ilustrado*, ambos periódicos porfiristas. También fue catedrático de lengua castellana en la Escuela Nacional Preparatoria.

Cuando tenía poco más de 30 años inició su carrera pública formando parte del Congreso federal en el periodo que va de 1902 a 1906, primero como diputado y después como senador. Al dejar este cargo, ese mismo año, se le nombró secretario del gobierno del estado de Chihuahua y en 1907 ingresó en el servicio diplomático como secretario de la embajada de México en Washington. En 1908 se incorporó a la Academia Mexicana de la Lengua como individuo de número, aunque más tarde, en 1925, sería nombrado secretario perpetuo. En 1910 presidió la delegación mexicana a la IV Conferencia Panamericana celebrada en Buenos Aires, Argentina, y su carrera diplomática prosiguió al ocupar la subsecretaría de Relaciones Exteriores del 26 al 31 de marzo de 1911, cuando finalizaba el gobierno de Porfirio Díaz, y posteriormente del 26 de mayo al 26 de junio del mismo año, durante el interinato de Francisco León de la Barra. Entre 1911 y 1915 se le envió como ministro plenipotenciario a Guatemala, El Salvador y Brasil, pero fue removido del servicio exterior en 1915 por ser adversario de Venustiano Carranza.

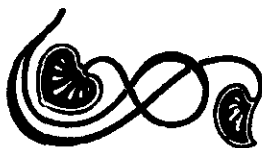
Se exilió en Estados Unidos, donde colaboró con los periódicos *La Prensa*, de San Antonio, Texas, y *La Opinión*, de Los Ángeles,

California. Cuando volvió a México después de la muerte de Carranza realizó una amplia labor periodística escribiendo para *Excelsior*, *El Universal*, el *Diario de Yucatán* y otros. Murió en la ciudad de México el 13 de octubre de 1932. Además de las obras mencionadas, escribió numerosas novelas, folletos sobre política y libros de historia y filosofía, entre los cuales destacan *La conjura de Aarón Burr* y *las primeras tentativas de conquista de México por americanos del oeste* (1908), *El llamado Partido Democrático y sus prohombres* (1909), *La vida azarosa y romántica de don Carlos M. de Bustamante* (1911), *De Santa Anna a la Reforma* (1911), y *México peregrino* (1924). En 1957 la Secretaría de Educación Pública editó un volumen con sus artículos de filología bajo el título de *Minucias del lenguaje*, y en 1958 otro con los de historia de México titulado *Rocalla de Historia*.

El llamado

Partido Democrático

y sus pro-hombres.



MEXICO

TALLERES TIPOGRAFICOS DE "EL TIEMPO."

1^a Calle de Mesones, N^o 18.

1909

LOS ESPERANTISTAS DE LA POLITICA

PARTIDOS Y PARTIDARIOS

POR VICTORIANO SALADO ALVAREZ

Don Francisco de P. Senties, mi amigo, es joven entusiasta y que suele preocuparse de "eso que llaman razón de estado y modos de gobierno;" y animado de su buen deseo y considerando la necesidad de que en México haya movimiento político, ha determinado proponer, y en efecto, ha propuesto á sus amigos, la creación de un partido que se denominará Demócrata. Estas cosas las ha expuesto en un folleto que no tendrá arriba de quince páginas de impresión, y que es por ahora el Corán del nuevo credo.

Y nadie se figure que hablo del tamaño del opúsculo de mi amigo Senties para empequeñecer ó denigrar aquél. Casi todas las grandes obras humanas han sido de proporciones materiales reducidas: el Sermón de la Montaña, la Declaración de Derechos, lo esencial de la Carta Magna y muchas Leyes de Reforma, pueden escribirse en sendas hojillas de papel sin que les falte nada; que las grandes ideas no necesitan de muchas palabras, ni menos de que éstas se adornen y acicalen "con flecos y borlitas," como dijo el otro. En quince páginas, pues, quizás nos dé el amigo Senties la clave para la resolución de los muchos é intrincados problemas que tanto nos preocupan.

La pretensión del señor Sentles, por lo que tiene de nueva y de interesante, merece tratarse con algún detenimiento, y por eso voy á dedicarle estas pocas líneas, que serán la expresión de mi sentir privado y no del de ningún partido ni asociación.

Con ruda franqueza declararé que veo mucha analogía, si no igualdad absoluta, entre la pretensión del "caucus" Demócrata que acaba de organizarse y esa tendencia que de algunos años á esta parte se nota, de formar idiomas á voluntad del que los fabrica. Es un procedimiento análogo al de aquel soldado que describía la hechura de un cañón, diciendo que debia cogerse un poco de aire, forrársele con bronce (entonces los cañones eran todavla de bronce), y cátrate hecho un cañón. Otro tanto pasa con el *esperanto*, el *volapuk*, la *lengua azul* y todas esas novedades por las que se pirran ciertos caballeros y señoras de más buena fe que buen sentido: se cogen unas cuantas docenas ó centenares de palabras arábigas, persas, alemanas, francesas, inglesas, españolas, italianas— y no sé si también de los dialectos australianos y americanos—y cátrate formada una lengua y cátrate formado un nuevo ramo de cultura con que darse pisto y llamar la atención de los "badauds."

Los esperantistas de la política proceden de manera semejante: toman unos cuantos principios de la revolución francesa, los mezclan con algo de Laboulaye, los barajan con la Constitución de 57, los pasan por el tamiz de las leyes de Reforma, los decantan en la alquitara de la última lucha electoral de los Estados Unidos, y ya tienen ustedes un partido hecho y derecho.

Una lengua, para merecer tal nombre, necesita haberse formado en el transcurso de varios siglos, mediante el apareamiento de necesidades, tendencias, ideas y formas de pensamientos propios de una raza ó de un pueblo. Una lengua es tan orgánica como un individuo vegetal ó como un ser animal: en ella se encuentran, conglomerados y revueltos, leyes, opiniones, historia, modo de ser, costumbres y hasta vicios y virtudes de las gentes que la hablan.

Por eso será siempre intento vano el de los filólogos desocupados que tratan de componer idiomas desde sus mesas de trabajo; y aunque lleguen á contarse los adeptos de las algarabias científicas en número más ó menos grande, y se predique que las lenguas nuevas pueden aprenderse en menos que se persigna un cura loco, y se asegure que las ciencias, las artes y el comercio se benefician inmensamente con la aparición de esos primores antes no sospechados, el mundo entero se encoge de hombros y lanza los tales idiomas á donde van todas las cosas inútiles, sin nervio y sin vida.

Con los partidos políticos sucede otro tanto. Un partido es una concreción de ideales, sentimientos, opiniones, pareceres, tendencias, odios, aspiraciones é intereses—sobre todo intereses—y no hay manera de inventar lo que sólo inventan el curso de la historia, el andar de los tiempos, la conveniencia de las gentes y el espíritu de la nacionalidad.

Los partidos, buenos ó malos, no son obra de un hombre, ni siquiera de un superhombre ó de un genio; éstos suelen apoderarse de los partidarios, volver de revés los dogmas del partido, aprovecharse en favor propio de las debilidades de criterio ó de la exaltación de los interesados para burlarse de éstos ó para llevarlos á ejecutar grandes cosas; pero nadie, que yo sepa, ha inventado hasta ahora un partido, como nadie, que yo sepa, ha inventado un elemento una combinación química, una fuerza de la naturaleza como Wagner hizo su *homúnculus*: estas cosas se aplican, se descubren, se aprovechan, se toman en cuenta, pero no se hacen como hace un artesano un par de zapatos ó un reloj.

La obra del político tiene que ser como la obra artística: debe tener bien ponderadas la parte ideal y la parte positiva, la parte que ve al desarrollo de los intereses y la que toca á la ejecución de los principios, la que se refiere á la vida como realidad y la que toca á la vida como representación. De otro modo, pasa con los fabricantes de sistemas lo que con aquel comerciante inglés que llevó á las Islas Fidji, para

ofrecerlos á los salvajes, exquisitas piezas de porcelana de Sajonia, bibelots de cristal cortado, ropa de muselina adornada de encajes y muebles de Boule del más puro estilo Luis XV; se quedó almacenada la mercancía, y los salvajes, en vez de convertirse á la religión de la elegancia y del primor, se merendaron con toda limpieza al que trataba de reformarlos enseñándoles las buenas formas y la urbanidad.

* * *

En México hemos tenido partidos y ya sabemos cómo se han formado. En Mora y en Zavala, podemos darnos cuenta de las causas de la separación de liberales y conservadores; pero ni á éstos los inventaron el Obispo Pérez ó D. Manuel de la Bárcena, ó el Dr. Arrillaga á D. Lucas Alamán ó Don Teodosio Lares, ni aquéllos salieron armados del cerebro del autor de las **Revoluciones de México** ni del de D. Valentín Gómez Farlas ó D. Santos Degollado ó D. Benito Juárez.

Los unos representaban las tendencias antiguas, el temor al virus revolucionario, el deseo de conservar incólume el dogma, y sobre todo los intereses, los múltiples intereses vinculados en la iglesia, en las clases privilegiadas y en la llamada nobleza.

Los otros venían á ser representantes de los agraviados, de los ofendidos, de los privados por muchos años del goce de derechos, bienes y poder que ansiaban á toda costa disfrutar. Y los que se asombren de tales aseveraciones, que recuerden sólo que autor tan grave como Taine saca como consecuencia del colosal movimiento de la revolución francesa un origen esencialmente prosaico y destituido de elevación; que unos tenían mucho y otros tenían poco ó no tenían nada; que unos disfrutaban de todas las gracias y de todas las exenciones y otros llevaban encima todas las cargas; en suma, que era necesario cambiar totalmente el régimen de la propiedad, distribuir mejor los bienes de la tierra y hacer una clase nueva que llenara el abismo que habla entre la alta y la baja que formaban el antiguo régimen.

Los "whigs" y los "torys" ingleses nacieron también de tendencias esencialmente prosaicas, y los demócratas y los republicanos en los Estados Unidos han defendido ya la baja de las tarifas, ya la esclavitud, ya la reforma proteccionista, ya la expansión territorial, ya cualquiera de los muchos y encontrados intereses que han laborado la Unión americana.

Qué más: los absolutistas y los liberales españoles, llámaranse ya carlistas, cristianos, isabelinos ó de cualquier otro modo, iban defendiendo los unos las "caenas," los otros la libertad, pero en el fondo no habla sino apetitos, sino propósitos de conservar la rica heredad clerical ó de desamortizarla. Mas ni á los "whigs" ni á los "torys," ni á los demócratas, ni á los republicanos, ni á los isabelinos, ni á los carlistas los hizo ninguna persona en particular por más que de algunas llevaran el nombre; más bien se hicieron solos, agrupándose en un mismo haz, gentes que tal vez se odiaban, que de seguro diferían en muchas cosas, pero que tenían, en el fondo, un mismo deseo y una misma tendencia.

* * *

Los partidos necesitan de dos cosas para poder vivir: de ideas y de hombres: de ideas que los informen, de hombres que los acaudillen. El partido liberal trajo como bandera de combate los propósitos de desamortizar la riqueza estancada, de establecer la igualdad ante la ley, de quitarle á la iglesia el predominio que arrebatava al Estado. El partido conservador se opuso á esos planes, formuló claramente un contra programa y de allí surgió la lucha; pero si uno y otro no hubieran contado con ideas y con caudillos, si no hubieran podido gritar "libertad y reforma" el uno y "religión y fueros" el otro, y si no hubiera (para no mencionar más que á los que intervenían en la lucha armada) un Osollo, un Degollado, un Miramón, un Valle, un Márquez ó un Porfirio Díaz, ni habrían perdido ni ganado nunca, ni habrían sido tales partidos.

En español existe una frase que pinta admirablemente el estado de las cosas cuando la opinión se encuentra tan caldeada que ya no caben otros acomodados y componendas que la lucha resuelta por las armas: "echarse á la calle;" pues bien, sólo se echan á la calle los partidos que tienen tendencias buenas ó malas y que cuentan con hombres bastante determinados y resueltos para sacrificarse por una idea ó un principio.

¿Qué tiene el partido nuevo? Su programa consiste en predicar la necesidad de que haya partidos, es decir, la necesidad de que haya divisiones, á fin de que haya contienda y esfuerzo y agitación políticas; ó lo que es lo mismo, toma el efecto por la causa y se cree que basta tener deseos de luchar para que haya lucha, á manera de los chicos, que arman pedreas en las orillas de los pueblos, bautizándose los sendos bandos con este ó aquel mote.

Pero si el nuevo partido no tiene pensamientos é ideales menos cuenta con hombres. ¿Quiénes son los políticos que lo acaudillan? ¿Quiénes constituyen su ser viviente? ¿Quiénes son su verbo hecho carne? Ni se conocen ni se conocerán nunca, pues no habrá nadie que algo represente que se meta á pelear sin bandera y á luchar sin esperanza.

Dicen los que piensan que es necesario formar partidos —y estos buenos señores, cabalmente, le han pedido al señor General Díaz que encabece un partido de oposición contra su gobierno, lo cual equivale á pedir á S. S. Pío X que se haga pontífice de los protestantes—que no pretenden más que enseñarle al pueblo el ejercicio de los derechos políticos. Pero ¿el ejercicio de los derechos políticos se puede enseñar como se enseñan el catecismo ó la geografía? O yo no sé una palabra de estas cosas, ó los derechos políticos vienen á ser funciones tan naturales para los pueblos como para los hombres lo son la satisfacción del hambre, del sueño ó de las tendencias genésicas.

¿Quién nos enseña á dormir, á tomar la teta ó á amar á los seres del sexo contrario? Esas cosas las sabemos por in-

tuición y no por aprendizaje y las adquirimos á su tiempo y sin enseñanza; y así como á pesar de todas las lecciones no le haremos adquirir ideas eróticas á un niño de dos años tampoco necesitamos mostrarle nada á un mancebo de diez y ocho, ni tenemos que esforzarnos por llevar á las urnas á un pueblo verdaderamente viril y justo. Los barones del rey Juan ciertamente que no hablan leído á Boutmy y á Bryce, como de seguro los han leído los políticos nicaragienses ó ecuatorianos; y sin embargo, los hombres del siglo XIII supieron hacer efectivos sus derechos conculcados, y los hispano americanos no lo logran á pesar de saber la forma por nota y de corrido.

Pero si algo debiéramos enseñar, si debiéramos constituirnos en preceptores de pueblos, más valdría la pena que nos interesáramos por hacerles saber á nuestros conciudadanos cosas mucho más llanas y sencillas, pero en verdad más importantes que el ejercicio del voto.

Un pueblo en que hay tantas gentes sucias, viciosas é ignorantes ¿no debería empezar su aprendizaje por conocer las virtudes del jabón, la importancia de abstenerse del pulque, la de saber leer y la de no dilapidar su dinero en cohetes ni en toros, mejor que la de acudir al ágora ó al foro á discutir al General vencedor ó al cónsul á quien ha de enjuiciarse? “Me parece, dice el viejo Montaigne, que es contrariar la razón el perseguir los obstáculos menudos cuando los grandes nos cercan y nos infestan. Por eso dijo el médico Filotimo á un hombre que se le presentaba para curarse de un panadizo en un dedo cuando el enfermo mostraba en el rostro y en el aliento todos los signos de una úlcera en los pulmones: “amigo mío, no es esta la hora de divertirse con las uñas.”

Y así digo yo: cuando el pueblo necesita siquiera algunos modestos derechos civiles, cuando ha menester de algo más positivo que brillantes tiradas líricas, le ofrecemos, ó le ofrecen los partidarios de mi amigo Sentles, el modo de divertirse con las uñas: una buena cantidad de logomaquias que darán motivo á discursos, discursos que producirán po-

lémicas en la prensa, polémicas que tal vez acarreen á los promovedores medros y gracias, ó los harán famosos y conocidos... logomaquías, polémicas y discursos que á la postre dejarán todo "sicut erat in principio." Pero en cambio, seguirá avanzando sin remedio la úlcera de los pulmones...

Cuentan que en la batalla de Trafalgar, viendo que sus artilleros se entretenían en destruir la arboladura de los buques franceses y españoles, el almirante Nelson gritó, ya herido de muerte: "A los cascos, á los cascos."

Y así digo yo: "á los cascos," es decir, á las cosas fundamentales, á las cosas hondas: ya dejaremos para después las cosas bellas y las cosas grandes.

De la "Gaceta de Guadalajara" de 10 de Enero de 1909.

EL PARTIDO INDEPENDIENTE

Cosas tiene el rey cristiano, que parecen de pagano...

POR VICTORIANO SALADO ALVAREZ.

Ha aparecido un nuevo partido político, ó para mejor decir, he descubierto que existe un partido nuevo. El caso nada tiene de extraño en estos días en que los partidos brotan "como en sombrío matorral los hongos." Quizás haya épocas propicias para la producción de partidos como las hay para la producción de papas ó de calabazas; y de esperar es que, en los dos años que faltan para las elecciones, tengamos una buena cosecha de partidos que nos compense de la pérdida de la cosecha de algodón, que dicen anda un si es no es comprometida por esas lagunas del norte.

Porque nosotros somos así: ó todo ó nada; dijo alguien que aquí no había partidos, que aquí no había movimiento político, y naturalmente que con ello se resintió la vergüenza torera, se ofendió el decoro de la gente y empezaron á brotar partidos á qué quieres boca. Día llegará, no lo duden, en que cada "suidadano," ó por lo menos cada jefe de familia que se respete y se considere persona decente, tenga su partido... y entonces sí que estaremos "partidos."

El nuevo partido acaba de aparecer en Guadalajara, y no adolece ciertamente del defecto de que adolece el flamante "Partido Demócrata ó Democrático" (que en esto de la desinencia no andan conformes todavía los partidarios) de no

contar con personas ni con principios. Estos son en número de catorce con el sobornal de un transitorio; aquellas suman ya hasta siete. Apenas con cinco partidarios más contó Cristo, y conquistó el mundo: poco á poco hila la vieja el copo.

El "Partido Independiente" (tal es el nombre de la nueva hechura) tiene "ideales," como cualquier niña romántica, y tiene "programa," como cualquier corrida de toros.

Entre los ideales figura en primer término la no reelección; entre los principios del programa la reelección del señor General Díaz para Presidente y la elección del señor General don Bernardo Reyes para Vicepresidente de la República. Muy torpe debo ser cuando no concibo la manera de aunar y poner de acuerdo esas cosas que en mi parecer son inconciliables. Si la reelección es mala, jebemos prohibírsela hasta al último comisario del último villorrio de la República y no pretender reelegir al General Díaz ni á nadie. Si es buena, no hay para que pensar en abolirla ni para qué contemplar su extinción como esos ensueños que miran esfumarse en lontananza las señoras cursis.

A mí me parece una moneda gastada y sin circulación el famoso principio, con el cual se pavonean y dan lustre todos los que quieren mostrarse constitucionalistas "pur sang" y enemigos del actual jefe del Estado; por eso jamás he pensado á lo serio en el análisis de la cuestión. Pero lo que no me habla ocurrido nunca era que se tomara como paladines del antirreeleccionismo precisamente á dos ciudadanos que han de considerar posible, lícita y conveniente la reelección, cuando uno y otro han admitido ya varias reelecciones.

Otro ideal tiene el partido: la creación de "un ministerio responsable, por sí mismo, que gobierne de acuerdo con las asambleas nacionales." Es decir, que si triunfaran esos negros ideales, tendríamos que ensayar un sistema de gobierno que todavía no le habla pasado á nadie por las mientes: la república parlamentaria á la francesa, con sus asambleas soberanas, sus triquiñuelas para obtener las mayorías, su quita y pon de ministros, su banco azul para las interpelaciones y todo el aparato de estilo. Habría, pues, que cambiar

la Constitución y todos los estatutos existentes, elaborar, durante otros ochenta años, otros treinta y tantos tomos de leyes federales, varios miles de los Estados, y luego, al final del siglo XX, preguntarnos si deblamos volver á la monarquía de Iturbide ó á la de Maximiliano, á la república del 24 ó á la del 36, á Santa-Anna, á Juárez, á Porfirio Díaz... ó al preste Juan de las Indias. En verdad que es halagador el dichosísimo ideal.

Sería necesario "fletcherizar" todo el documento para hacer su examen minucioso; pero aún hay fe en Israel; hay algo en el manifiesto que ciertamente vale un Perú: se dispone que la Junta Directiva no admita cuotas mayores de \$1,000 con destino á la propaganda política.

Tiene mil veces razón el "Partido" ¿qué haríamos si un día de estos se nos apareciera por aquí un "Tammany Hall," ó si algún ricacho, deseoso de alcanzar un puesto de alcalde ó regidor, empezara por dar una contribucioncilla de tres ó cuatro millones de pesos?

Bien haya la previsión.

* * *

Largo y tendido podría hablar de "ideales;" pero hay que acordar una poca atención al "programa." Dos puntos tiene. Es uno de ellos que se conceda el "acceso á las asambleas, ministerios, gobiernos, etc., á los diversos miembros de los partidos políticos sin exigirles que abjuren de sus ideas y aspiraciones, ni presten obediencia al partido dominante."

O yo entiendo mal ó el que escribió estas cosas no sabe palotada de lo que son partidos. Pues qué ¿no se llama "lucha" á la que emprenden los "enemigos" en política? Y si cuando lucho, aunque sea en un modesto partido de "golf," no consiento en acordarle ventajas al contrario si no se las gana con sus puños, con su astucia y con su habilidad, y aun en ese caso trato de amenguarlas, disminuirlas ó volverlas en mi favor ¿cómo habla de consentir que un enemigo mío,

de mis principios, de mis opiniones, de mis intereses—seguramente de mi persona—entrara á disfrutar de lo que yo disfrutaba y había obtenido en buena ó mala lid?

Los partidos políticos no son eruditos que traten puntos de filología ó de metafísica abstractas y que pasen el tiempo en hacerse zalemas y concesiones; son grupos de individuos apasionados, vehementes, que están seguros de poseer la verdad, y que sólo dejan á los enemigos las ventajas que éstos saben ganarse.

Se duda si los franceses pronunciaron en Fontenoy aquello de "Messieurs les Anglais, tirez vous memes;" pero si llegaron á decirlo, no habrá un político que consienta en que otro tire antes que él: le "madrugará," tirará dos veces si puede, hará cualquier cosa menos bailar esos pasos de "minuet" que se cree deben ser la característica de la más enconada, personal y terrible de las pasiones: la pasión del poder, la pasión del dominio.

* * *

Otro "número" del programa consiste nada menos que en proponer el "cambio de régimen financiero en cuanto á la ley monetaria, á la ley bancaria, la política ferrocarrilera y la protección á la agricultura en sentido adecuado á las costumbres del país y á la integridad nacional."

Francamente se asombraría cualquiera al mirar que se declararan partidarios del general Díaz los mismos que deturpan, censuran y consideran inconveniente su gestión gubernativa. Porque si el General Díaz ha dictado ó propuesto ó llevado á la práctica una legislación detestable en lo que toca á los asuntos monetarios, que son principalísimos en el desarrollo del país; si son malas las disposiciones que ha promulgado para el régimen de los bancos; si es inconveniente ó perjudicial su política en punto á ferrocarriles y si consagra á la agricultura una protección desatinada, contraria á las costumbres de la tierra, y lo que es peor aún, capaz de poner en peligro la integridad nacional, el gobierno del

General Díaz no es un buen gobierno, y no alcanzo cómo se pueda proponer que hombre semejante siga mandándonos por seis años más.

Y que no se diga que el autor de las cosas que en concepto del "Partido" son inconvenientes, es este ó aquel Ministro, este ó aquel magnate, esta ó aquella agrupación. No hay medida, ni menos si es tan trascendental y tan decisiva como cualquiera de las que han merecido la censura de los "partidarios," que el Presidente no vea, conozca, examine y discuta hasta en sus últimos detalles, ó que no sugiera y proponga con su alto patriotismo, su habilidad bien reconocida y su ciencia innata de gobierno. Hablar de él, pues, como candidato y darle al mismo tiempo un voto de censura á la parte más florida de su obra colosal, me parece ó una contradicción ó una felonía. Contradicción, porque no puede servir para gobernar un pueblo quien yerra en cosas tan fundamentales; felonía, porque cuando so pretexto de ofrecerle una alta investidura á un hombre se le critica y escarnece en lo que ha hecho ejerciendo la tal investidura, no puede haber en el ofrecimiento verdad ni buena fe

Desenmascárense, pues, los que forman el "Partido" y digan ingenuamente que ni creen en el General Díaz ni proponen de buena fe su candidatura. Esa será la manera de practicar la honradez política que predicán, y de llevar á cabo de manera mejor el programa que tienen redactado.

Que los independientes se desengañen; sus protestas no me alucinarán—á mí, político de secano—;pero menos convencerán al señor Presidente, que, á través de las frases de fingido respeto y admiración forzada, sabe distinguir la realidad de las cosas; la deseada imposición de zamborotudos programas y de necias, ilegales y absurdas limitaciones al poder que ha venido ejerciendo con aquiescencia de la nación, para beneficio de ésta, con intuición maravillosa y con mano firmísima.

Entre los libertinos franceses del siglo XVII era costumbre protestar sincero acatamiento á los dogmas de la iglesia católica, "en los cuales se vivía y se deseaba morir;"

pero tras la protesta venían fulminantes declaraciones y tiradas espantosas en que se ponía como hoja de perejil á la "Madre común de los fieles."

¿Acaso los nuevos "libertinos" no serán ocultos frondistas que, tratando de socavar la situación actual, aparecen con piel de adictos, postulando al señor General Díaz para Presidente y para Vicepresidente de la República al señor General don Bernardo Reyes? Cosas tiene el rey cristiano, que parecen de pagano...

De "La Gaceta," de Guadalajara, de 24 de Enero de 1909.